RELATO SOBRE UNA GIGANTESCA FLUCTUACIÓN

Arcadi y Boris Strugatsky

En aquel entonces yo era todavía muy joven: no comprendí muchas cosas y lo olvidé casi todo, quizás lo más interesante del palique. Era de noche y, a causa de ello, no podía verle la cara a aquel hombre. Tenía una voz corriente: un poco melancólica y ronca, y, de vez en cuando, tosía como si se turbara. En una palabra, si llegáramos a encontrarnos de nuevo en algún sitio, en la calle o en casa de alguna persona, probablemente no le reconocería.

Le vi en la playa por primera vez. Yo había salido del agua, y, sentado en las piedras que cubrían la playa, escuché que, tras de mí, caían guijarros —él descendía por el terraplén—, mientras un fuerte olor a tabaco se esparcía por el aire. Se detuvo a mi lado. Como les dije anteriormente, la cosa ocurrió de noche. El cielo estaba vestido de nubes y sobre el mar empezaba a formarse una tormenta; un viento fuerte y tibio soplaba a todo lo largo de la playa, azotando la ribera acantilada. El desconocido fumaba. El viento hacía brotar de su cigarrillo chispas largas, anaranjadas, que se dispersaban en el aire, cayendo sobre la playa desierta. Era un espectáculo hermoso; lo recuerdo muy bien. No creía que tuviera intenciones de conversar conmigo, pues apenas yo tenía en aquel entonces dieciséis años; empero, empezó a charlar hablando de un modo verdaderamente extraño:

—El mundo es el cautiverio de las cosas extraordinarias —me dijo.

Creyendo que él simplemente meditaba en voz alta, mantuve silencio. Me di la vuelta para mirarle; pero no pude: estaba demasiado oscuro. Y repitió:

—El mundo es el cautiverio de las cosas extraordinarias —luego, dio una chupada al cigarrillo, cubriéndome con una lluvia de chispitas.

De nuevo, mantuve silencio: yo era en aquel entonces muy tímido. Él se fumó su cigarrillo, encendió otro y se sentó sobre las piedras a mi lado. De vez en cuando, se ponía a farfullar sobre algo; pero sus palabras eran tragadas por el ruido de las olas y sólo llegaban a mis oídos algunos rezongos ininteligibles. Y, al fin, escuché que gritó en voz alta:

—¡Esto ya es demasiado! ¡Tengo que contárselo a alguien! —y, por primera vez, desde el momento de su aparición, se dirigió a mí:

—¡No se niegue a escucharme, por favor!

Yo, naturalmente, no me negué.

Y continuó diciéndome:

—Sólo que tendré que contarle todo desde el principio, pues, de otro modo, no me creería... y yo necesito que me crean —dijo él, apesadumbrado—. Nadie le da crédito a mis palabras; y, ahora, esto ha llegado tan lejos, que...

Guardó silencio por un instante y prosiguió:

—Todo empezó en mi infancia. Cuando apenas empezaba a tocar el violín, hice añicos cuatro vasos y un platillo.

—¡Vaya! ¿Acaso es posible hacer eso? —le pregunté intrigado.

Esto me había hecho recordar aquella anécdota donde una dama le dice a otra: «*¡Se imagina usted eso! Ayer, el desempañador nos tiró leñas e hizo añicos a una araña.*»

—Hay una anécdota parecida —le dije.

El desconocido se echó a reír tristemente y continuó:

—¡Imagínese usted! Esto ocurrió durante mi primer mes de estudio. Mi profesor de música aseveró que nunca en su vida había visto algo semejante.

Hice mutis, mientras pensaba que eso debió de parecer bastante raro. Me lo imaginé rompiendo con el arco de su violín los vasos de un bar. Realmente eso podía traerle muchos sinsabores.

—Esa es una ley conocida de la física —aclaró el inesperadamente—. Es el fenómeno de la resonancia —y, sin parar, me contó la anécdota que ponen como ejemplo en las clases de física de cómo se desplomó un puente a causa de la marcha de una columna de soldados. Después afirmó que con la resonancia es posible destruir vasos y platillos, siempre y cuando se escojan las vibraciones sonoras en sus frecuencias correspondientes.

Debo admitir que, justamente desde aquel día, comencé a darme cuenta de que el sonido es vibraciones.

El desconocido me aclaró, que la resonancia en la vida diaria (en la economía casera, como se expresó) es un caso insólitamente raro y se admiró por el hecho de que un tal Código antiguo tomaba en consideración esta ínfima posibilidad al establecer ciertas penas para el dueño del gallo que, con su canto, rompiere la jarra del vecino. Yo estuve de acuerdo con él, en que esto es un caso realmente extraño. Personalmente, jamás había oído hablar de algo parecido.

—Es muy extraño, muy extraño —dijo él meditabundo—; sin embargo, yo, con mi violín, rompí cuatro vasos y un platillo en el primer mes; y eso fue sólo el principio.

Encendió otro cigarrillo y continuó:

—Transcurrido algún tiempo, mis padres y amigos señalaron que yo estaba violando la *ley del bocadillo*.

Al escuchar esta última palabra, quise salir airoso de la conversación, y exclamé:

—¡Que apellido más extravagante!

—¿Cuál apellido? —preguntó él—. ¡Ah! ¿La ley? No, ese no es el apellido de una persona. Eso es... ¿Cómo se lo podría explicar...? eso es una cosa graciosa. Usted sabe muy bien que existen muchos proverbios: «*lo que te asusta alcanzará...*»; «*el bocadillo cae siempre con la mantequilla hacia abajo...*». En el sentido de que lo malo ocurre con más frecuencia que lo bueno. Lo que a lo científico sería: la posibilidad de obtener el suceso deseado es siempre menor de la mitad.

—¿De la mitad de qué? —inquirí; y, de pronto, comprendí que había soltado un gran disparate.

Él se sorprendió de mi pregunta.

—¿Acaso no conoce usted el cálculo de probabilidades? —indagó él.

Le contesté que todavía no había tenido la oportunidad de estudiarlo.

—Si es así, entonces no comprenderá nada —afirmó el desilusionado.

—Pero, ¡aclare! —exclamé enfadado.

Y, él se aprestó a exponerme todo con claridad. Me señaló, que la probabilidad es una característica cuantitativa de la posibilidad de obtener uno u otro resultado.

—Pero, ¿qué tiene que ver eso con los bocadillos? —objeté.

—El bocadillo puede caer con la mantequilla hacia abajo o hacia arriba —me respondió—. Por lo tanto, si usted tira un bocadillo al suelo, podrá caer, de un modo fortuito, de una forma o de otra. En la mitad de los casos caerá con la mantequilla hacia arriba y en la otra mitad con la mantequilla hacia abajo. ¿Comprende?

—Comprendo —afirmé.

Y no sé por qué, en este momento, recordé que todavía no había cenado.

—En tales casos, se afirma que la probabilidad de obtener el resultado deseado es igual a la mitad; a un medio.

Luego, declaró, que si se lanzara un bocadillo cien veces, caería con la mantequilla hacia arriba, tanto cincuenta y cinco veces como veinte veces, y que sólo si se lanzara miles de veces resultaría posible obtener aproximadamente la mitad de todos los casos.

Yo me imaginé a este desdichado bocadillo con mantequilla (y quizás con caviar) después de haber sido lanzado al suelo miles de veces (ojalá que a un suelo no muy sucio), y le interrogué si era posible que existiesen individuos que se dedicaran a hacer eso. Me afirmó que, con ese objeto se utilizan, fundamentalmente, monedas, en vez de

bocadillos, como en el juego de cara y cruz. Y, tras estas palabras, trató de explicármelo, hablando con palabras incomprensibles, esotéricas; y, al no comprenderlo, me dediqué a contemplar el borrascoso cielo, pensando que, sin lugar a dudas, iba a llover. De esta primera charla sobre la teoría de probabilidades, recuerdo sólo el semiconocido término «la espera matemática». El desconocido empleaba con frecuencia este término, y cuantas veces lo escuchaba, tantas veces me imaginaba un gran local, parecido a una sala de espera, con el piso de baldosas, donde la gente, sentada con carteras y cartapacios, de vez en cuando, lanzaba al suelo monedas y bocadillos, esperando, abstraída, algo. Desde ese día, no he dejado de ver esa imagen en mis sueños. Y he aquí, el desconocido me aturdió con este término altisonante: «el teorema límite de Moivre-Laplace», afirmando que: «esto no tiene ninguna relación con el asunto que trata».

—Yo, pues, no quería hablarle precisamente de eso —profirió, con una voz privada del ardor anterior que lo había acompañado durante toda su charla.

—Perdón, ¿pero es usted matemático? —le pregunté.

—No —me contestó tristemente—. ¡Ni hablar de matemáticos! Yo soy la fluctuación.

Por cortesía, mantuve silencio.

—Vaya, por lo visto no le he contado mi historia —señaló.

—Usted hablaba sobre unos bocadillos —le recordé.

—Mi tío fue el primero que lo notó —continuó él, abstraído en sus pensamientos—. Yo, pues, me distraía dejando caer los bocadillos al suelo; y siempre caían con la mantequilla hacia arriba.

—¡Vaya, qué bueno! —exclamé; suspiró tristemente, apenado, y agregó:

—Eso es bueno cuando sucede algunas veces... Pero, ¡hay cuando se repite siempre...! ¿Comprende usted?

Yo le contesté que no comprendía nada.

—Mi tío sabía un poco de matemáticas —siguió diciendo—, se sentía cautivado por la teoría de probabilidades. Un día, me instigó a lanzar unas monedas al suelo, los dos lanzamos. Yo, en aquel entonces, ignoraba que fuese un hombre perdido; sin embargo, mi tío sí tenía plena convicción de ello. Así me lo afirmó «tú eres un hombre perdido».

Yo, como antes, seguía sin comprenderlo.

—La primera vez —prosiguió—, lancé unas monedas al suelo cien veces, y mi tío también. A él le salió el águila cincuenta y tres veces y a mí noventa y ocho veces. Al ver eso, se le salieron los ojos de las órbitas, a mí también. Luego lancé una moneda al suelo doscientas veces y ¡no quiera usted saber! el águila me salió ciento noventa y seis veces. ¡En aquel momento, debí comprender con qué resultados podría terminar todo aquello, debí prever la llegada de la tarde de hoy! —en este momento parecía que sollozaba—: pero, era demasiado joven para darme cuenta de lo que me esperaba; la juventud me cegaba (yo era mucho más joven que usted); y todo aquello me parecía interesante. Hasta consideraba que era muy cómico ser el centro de todos los milagros del mundo.

—¿«Centro» de todos los milagros? —le pregunté, sorprendido.

—¡Eh, eh, eh! sí... «centro» de todos los milagros —contestó—. Yo no puedo encontrar una palabra más adecuada, a pesar de mis esfuerzos.

Se tranquilizó un poco y empezó a contármelo todo, fumando y tosiendo continuamente. Pormenorizadamente, fue relatando cada uno de los acontecimientos o sucesos de su vida, describiéndolos diligentemente con todos los detalles y asentando cada suceso en bases científicas. Quedé admirado, tanto por sus profundos conocimientos, como por la diversidad de su intelecto. Me cubrió con términos de física, matemáticas, termodinámica y de la teoría cinética de los gases; tanto así, que cuando, ya maduro, empezaba a estudiar esas materias, me sorprendía constantemente de que hubiese escuchado esos términos antes: me parecían todos conocidos. De vez en cuando, al profundizarse en razonamientos filosóficos, parecía pedante, carente de autocrítica. Así, se autotitulaba continuamente: «el fenómeno», «el milagro de la

naturaleza», «*la gigantesca fluctuación*»... Aquí, comprendí que esta última palabra no designaba ninguna profesión. Él me aseveró que no existen milagros, sino, solamente, sucesos improbables.

—En la naturaleza —dijo sentenciosamente—, los sucesos más verosímiles aparecen con mucha más frecuencia que los menos verosímiles.

Al decir eso, él tenía en cuenta la ley de la inmutabilidad de la entropía; sin embargo, en aquellos momentos todas esas ideas me parecían complejas y esotéricas.

Después, trató de explicarme los conceptos: estado más probable y fluctuación. Quedé absorto con el ejemplo, desconocido por mí en aquel entonces, del aire que se concentra en la mitad de una habitación.

—En este caso —señaló—, todos los que estuviesen sentados en una de las mitades, morirían asfixiados, los otros vivirían y reconocerían que sucedió un milagro. Sin embargo, esto, no es, de manera alguna, un milagro; esto es del todo factible; empero, es un hecho excepcional con pocas probabilidades de ser real. Esto hubiese sido una gigantesca fluctuación: desviación apenas posible del estado más probable.

Según sus palabras, él era esta desviación del estado más probable. Estaba rodeado de milagros. Ver un arco iris de doce franjas, era la cosa más fácil para él: los vio seis o siete veces.

—Yo he visto más cosas extrañas que cualquier aficionado a la meteorología —se vanagloriaba apenado—. Vi una aurora boreal en Almá-Atá, la visión de Brocken en el Cáucaso, y he observado veinte veces el famoso Rayo Verde o «*la espada del hambre*», como lo llaman. Un día, partí hacia Batumi y, en cuanto llegué, empezó una terrible sequía. En otra ocasión viaje al desierto de Gobi y tres veces tuve que soportar allá un tempestuoso aguacero tropical.

Cuando tenía exámenes, en la escuela o en la universidad, siempre le tocaba coger de la mesa el billete número cinco. En una ocasión, en que tenía un curso especial de una de las materias que estudiaba, era de todos conocido que sólo habían cuatro billetes sobre la mesa —de acuerdo al número de examinados—; sin embargo, a pesar de eso, le salió el billete número cinco, pues unos minutos antes del examen un profesor inesperadamente, agregó un billete más. Los bocadillos continuaban cayéndole con la mantequilla hacia arriba. «A esto, por lo visto, estoy sentenciado por toda mi vida —afirmó—. Esto me hará recordar siempre, que no soy una persona normal y corriente sino una gigantesca fluctuación». Él había estado presente en dos ocasiones, durante la formación de las grandes condensaciones lentiformes (esto es una fluctuación macroscópica de la densidad del aire, trató de aclarar él, esotéricamente) y estos «lentes» dos veces, le encendieron un fósforo en las manos.

Él dividía los milagros que veía, en tres grupos: agradables, desagradables y neutrales. La caída de los bocadillos con la mantequilla hacia arriba, por ejemplo, la incluía en el primer grupo. El resfriado constante que sufría regularmente independiente de la temperatura y que comenzaba y terminaba el primero de cada mes, lo incluía en el segundo grupo. En el tercer grupo incluía los fenómenos extraordinarios y diversos de la naturaleza que tuvieron lugar en su presencia.

Una vez, delante de él, se alteró el segundo principio de la Termodinámica: el agua de su florero, inesperadamente, tomó el calor del aire circundante en la habitación y empezó a hervir, tras esto, comenzaron a caer escarchas. «Después de esta experiencia, anduve agobiado y abatido; y, desde entonces, ¿sabe lo que hago?, pruebo el agua con los dedos antes de bebería...». Más de una vez, en sus excursiones, revolotearon rayos en forma esférica por su tienda de campaña y durante horas y horas permanecían prendidos en el techo. Al fin y a la postre, se acostumbró a eso, y empezó a utilizarlos a modo de lamparitas eléctricas bajo las cuales leía:

—¿Sabe usted lo que es un meteorito? —preguntó él, inopinadamente.

Como la juventud está propensa a las bromas banales, le contesté que, los meteoritos son estrellas que caen y que no tienen nada en común con las estrellas que no caen.

—Los meteoritos caen en las casas algunas veces —dijo él ensimismado—; pero éste es un caso muy excepcional. Se ha conocido solamente un solo caso en que un meteorito, le haya caído a una persona. Un solo caso... ¿sabe?

—¿Bueno y que? —inquirí.

Se inclinó hacia mí y me cuchicheó:

—Y esa persona, a quien le cayó el meteorito, ¡soy yo!

—Usted esta bromeando —afirmé.

—De ningún modo —arguyó él.

Resultó que todo esto aconteció en los Urales. Una vez, cuando caminaba por las montañas y en los momentos en que se detenía para atarse los cordones de las botas, resonó un silbido fuerte y susurrante, al mismo tiempo sintió, un golpe contundente en la espalda y un dolor terrible le corrió todo el cuerpo: le había caído un meteorito.

—En mis pantalones había un hoyo así —firmó él, abriendo los brazos—. ¿Sabe?, estuve sangrando, pero, por suerte, la huida de mi líquido rojo cesó en unos minutos. Es una pena que ahora esté oscuro, yo le hubiera enseñado la cicatriz.

Después de lo ocurrido, él recogió unas piedras sospechosas que, más luego, guardó en los cajones de su mesa de noche, pues, según su opinión, posiblemente una de ellas era el meteorito.

Desde el punto de vista científico, por lo menos, desde el punto de vista del nivel científico actual, le ocurrieron fenómenos completamente inexplicables. Así, en una ocasión, se convirtió en la fuente de un poderoso campo magnético. Esto se manifestó en el hecho de que todos los objetos ferromagnéticos que se encontraban en su habitación, se desprendieron de sus sitios y, por líneas de fuerza, se lanzaron sobre él: la pluma de fuente acerada se le hundió en la mejilla, otra cosa lo golpeó fuertemente por la cabeza y la espalda; se protegió con los brazos, temblando de horror desde los pies hasta la cabeza, acorralado por los cuchillos, tenedores, cucharas y tijeras; durante diez segundos estuvo atormentado por este fenómeno. Hasta ahora, no ha podido explicarse ni el cómo, ni el por qué de lo ocurrido.

En otra ocasión, cuando comenzaba a leer la carta enviada por un amigo, asombrado, se dio cuenta de que había recibido otra carta similar a esa hacía algunos años. Recordó aún, que, aquella carta recibida hacía años, tenía en su reverso, adjunto a la firma, una gran mancha de tinta, volvió la carta y vio, de nuevo, la mancha de tinta.

—Esto no se repitió más —manifestó él, apenado—. Yo lo consideraba lo más admirable de mis colecciones. Pero, ¿sabe?, sólo hasta la tarde de hoy.

Él siempre interrumpía su charla para declarar: «Todo esto hubiera sido muy interesante, pero, ¡he aquí!, lo de hoy... Ya esto es demasiado, se lo aseguro.»

—¿No le parece —le pregunté— que usted es un tipo muy interesante para las ciencias?

—Me parecía que sí —me contestó—; y eso le escribí a muchos científicos; sin embargo, sucedió lo que sospechaba: ninguno me creyó. Y hasta ahora, no hay un individuo que me crea; ni entre mis parientes. Sólo mi tío le daba crédito a mis palabras; pero ya no está entre los vivos. No me imagino que pensarán ellos después del suceso de hoy.

Respiró profundamente y lanzó la colilla al suelo:

—Bueno, quizás sea mejor que no me crean. Supongamos que me consideren un hombre veraz, ¿qué sucedería?, pues crearían una comisión que me seguiría por todas partes, esperando ver la aparición de algún fenómeno; sin embargo, yo soy un individuo huraño, hosco e intratable por naturaleza y además, después de todo esto, mi carácter se ha dañado por completo. Algunas veces no puedo dormir de noche: tengo miedo.

En lo que a la comisión se refiere, estuve de acuerdo con él, ya que, en realidad, él no puede producir milagros a capricho. Él era simplemente el centro de los milagros, el punto del espacio donde tienen lugar los sucesos poco probables, como afirmaba. Sin lugar a dudas que hubiesen creado una comisión.

—Yo le escribí a un famoso científico —continuó él—, al cual le informé de lo sucedido con el meteorito y el agua del florero; pero él, ¿sabe?, me contestó en una forma humorística. Me escribió diciendo que el meteorito no me cayó a mí; sino a un chofer, me parece que japonés; y me aconsejó, sarcásticamente, que me dejase examinar por un médico. Tras leer la carta, tomé interés por ese chofer. Pensaba que él podría ser también una gigantesca fluctuación. Usted comprende bien que eso es posible. Pero resultó que el chofer había muerto hacía mucho tiempo. Así es, ¿sabe...? —quedó pensativo—. A pesar de todo me fui a ver al médico, y resultó que, desde el punto de vista médico, no represento nada especial; sin embargo, me encontró cierta depresión nerviosa y, me aconsejó descansar en algún balneario; por eso vine para acá. Pero ¿cómo iba yo a imaginarme que aquí sucedería lo que vi hoy?

De pronto, me agarró por los hombros y me cuchicheó:

—¡Hace una hora que mi amiga se fue volando!

Le miré con atención, sin comprender nada.

—Nosotros paseábamos por allá arriba, por el parque —prosiguió él—. Después de todo, yo soy una persona; además, tenía buenas intenciones para con ella. Nos conocimos hoy en el comedor, después del almuerzo nos dirigimos al parque a pasear; y allí, cuando conversábamos de temas románticos, de pronto, se me alejó volando.

—¿Para adonde? —pregunté casi gritando.

—No sé. Nosotros estábamos paseando y, de repente, ella empezó a gritar, lanzando ayes y alejándose volando. No tuve tiempo de nada, apenas pude agarrarla por los pies y, he aquí...

Me puso en la mano un objeto duro: era una de las sandalias de la amiga, blanca, de un tamaño regular.

—Usted comprende muy bien que esto no es del todo imposible —dijo el fenómeno, susurrando—. Todo se debió a que, el movimiento caótico de las moléculas del cuerpo y el movimiento browniano de las partículas del coloide humano se normalizaron, se pusieron en orden, lo que fue suficiente para alejarla de la Tierra y conducirla a otro sitio. ¡Quién sabe adonde! Esto es verdaderamente poco verosímil... ¡Por favor! ¡Dígame! ¿Acaso debo considerarme un asesino?

Estupefacto por lo que acababa de relatarme, mantuve silencio. Por primera vez empecé a dudar de estos cuentos mitológicos; pero, ¡he aquí!, que dijo con tristeza:

—La triste realidad no radica precisamente en esto, pues después de todo, quizás ella se agarró a algún árbol (no la he buscado porque tengo miedo de que no la encuentre); sino en el hecho de que... ¿sabe?, antes estos milagros tenían relación sólo conmigo (yo no amaba las fluctuaciones; pero ellas sí me amaban); sin embargo, ¿y ahora?. ¿Y si estas cosas comienzan a sucederles a mis conocidos...? Hoy, se va volando mi muchacha, mañana, se hunde en la Tierra mi amigo, pasado mañana... Bueno, por ejemplo, con usted mismo... pues seguramente no ha asegurado nada.

Comprendí, en el acto, su reticencia y empecé a sentir un interés asombroso y un espanto terrible por lo que acababa de insinuarme. ¡Vaya, que fenomenal! pensé para mis adentros.

Por un instante creí que comenzaba a volar, nerviosamente me agarré a la piedra sobre la que estaba sentado.

De pronto, el desconocido se levantó.

—Bueno, mejor me voy —dijo aquejado—. Yo no amo los holocaustos innecesarios. Siga sentado, yo seguiré mi camino. ¡Pero, como rayos no lo preví antes!

Empezó a alejarse por la playa, dando traspiés entre las piedras; y, de pronto, desde lejos, gritó:

—¡Perdóneme si es que le sucede algo! ¡Yo no soy culpable!

Caminaba, alejándose cada vez más y más hasta transformarse en una pequeña figura negra en el fondo de las olas fosforescentes. De repente, me pareció que alzaba la mano y lanzaba a las olas una cosa blanca. Seguramente, la sandalia. Fue así como nos despedimos. Lamentablemente, yo no le reconocería entre muchas personas, si no ocurriese un milagro. Nunca he oído hablar de él, y, según creo, en la playa, aquel verano, no sucedió nada que pudiera considerarse extraordinario. Aquella muchacha, posiblemente, después de todo, se agarró de alguna rama; y, ellos, después, se casaron; pues él tenía las más serias intenciones para con ella. Sólo estoy seguro de una cosa. Si algún día, al estrecharle la mano a un desconocido, siento que me transformo en la fuente de un poderoso campo magnético, y noto que este extraño fuma mucho y tose continuamente, entonces él es el fenómeno, el centro de todos los milagros, la gigantesca fluctuación.

FIN

Traducción: Jorge Francisco Franco.

Publicado en: Viaje por tres mundos - Cuentos de ciencia ficción.

Editorial MIR, Moscú, 1969.

Edición digital: urijenny.